

El orden de las apariciones de Cristo, resulta ser el mismo en el tercer Evangelio que en la primera Epístola á los Corintios.<sup>1</sup>

Agreguemos que el estilo de nuestro Evangelista es más puro y menos sometido á hebraismos que el de los otros dos Sinópticos, cualidad que responde admirablemente al origen helénico y á la instrucción más esmerada de San Lucas, médico nacido en Antioquía, opulenta Capital de la Siria.

#### AUTENTICIDAD DEL EVANGELIO DE SAN JUAN.

La fisonomía del cuarto Evangelio es enteramente distinta de la que presentan los tres que le preceden.

Es una obra aparte, escrita con un fin polémico especial, al que está subordinado todo en la elección de los hechos de la vida de Jesús que en él se relatan.

El autor quiere establecer la divinidad de Je-

<sup>1</sup> XV.—5.—7.

sús contra las sectas heréticas que negaban este dogma.

La tradición antigua le señala además otro propósito: habiendo omitido los tres Sinópticos casi enteramente los hechos de Jesús, realizados en los dos primeros años de su vida pública, el autor del cuarto Evangelio se propone suplir ese silencio.

Toda la antigüedad proclama, unánime, como autor del cuarto Evangelio á Juan, el discípulo á quien el Señor amaba.

La incredulidad moderna, empeñada en negar la divinidad de Cristo, como algunas sectas antiguas, ha puesto en duda la autenticidad de este Evangelio en que irradia con el esplendor más vivo la verdad de este dogma.

Importa, de consiguiente, poner esa autenticidad en toda su luz.

Entre los testimonios formales de la antigüedad, que son los testimonios directos, ninguno es tan expresivo como el de San Ireneo, Obispo de Lyon, nacido y educado en Asia, en donde fué discípulo de San Policarpo, quien, á su vez, lo fué de San Juan.

San Ireneo se expresa así: En seguida Juan,



discípulo del Señor, que se recostó sobre su pecho, publicó, él también, un Evangelio, cuando residía en Efeso.<sup>1</sup>

Estas palabras son tan claras, la indicación tan completa, el testigo de una competencia y de una autoridad tan grandes, que si no poseyésemos más que este testimonio único, bastaría para tener por indubitable la autenticidad del Evangelio de San Juan.

Pero no existe este solo testimonio; el Occidente y el Oriente se unen para corroborarlo.

La Iglesia de Roma nos hace conocer su pensamiento en el *Fragmento de Muratori* en el que se leen estas palabras: "El autor del cuarto Evangelio es Juan, uno de los discípulos. Como le exhortaran sus compañeros en el Apostolado y sus discípulos á escribirlo, él les dijo: "Ayunad conmigo desde hoy por tres días y nos comunicaremos mutuamente lo que haya sido revelado á cada uno. En la misma noche le fué revelado á Andrés que Juan lo escribiría todo en su nombre, y lo haría revisar por los demás."

Cualquiera que sea el valor histórico de esta narración, resulta ciertamente de las palabras ci-

<sup>1</sup> Hæc. III.—1.

tadas que hacia el año ciento setenta, la Iglesia de Roma ponía fuera de duda que el Apóstol Juan había compuesto el cuarto Evangelio.

La Iglesia africana habla á su vez por boca de Tertuliano. Este Padre del segundo siglo distingue, como ya se ha hecho notar antes, con la mayor precisión entre los cuatro Evange-listas, dos Apóstoles, Juan y Mateo.

Afirma que antes de la aparición del Evangelio de Marción, otro Evangelio nos hace conocer la incredulidad de los hermanos del Señor, detalle que no nos es dado más que por San Juan<sup>1</sup>

En Egipto escuchamos por el mismo tiempo á Clemente de Alejandría, enseñándonos que "según la tradición de los antiguos, Juan, el último Evangelista, viendo que en los otros Evangelios se encontraban relatados los hechos, relativos al cuerpo de Cristo, él escribió, bajo la inspiración del Espíritu Santo y á solicitud de sus compañeros un Evangelio espiritual.<sup>2</sup>

La Siria nos ofrece el testimonio de San Teófilo de Antioquía que enumera á San Juan entre

<sup>1</sup> VII-5.

<sup>2</sup> Ap. Eus. Hist. Eccl. VI-14.



los escritores inspirados y recita palabra por palabra el principio de su Evangelio.

Los testimonios formales no remontan más allá del segundo siglo; lo que no es de admirar, porque San Juan escribió al fin del primer siglo; pero en épocas más lejanas podemos recoger preciosos testimonios indirectos.

Estos los encontramos en las antiguas versiones, la itálica y la siriaca, que contienen el cuarto Evangelio, según San Juan y en las citaciones de los Padres.

San Ignacio de Antioquía, hablando del Espíritu de Dios, dice: "que El sabe de dónde viene y á dónde va, expresiones de que se vale San Juan en su Evangelio." 1

El autor de la carta á Diognetes, habla del Verbo en los mismos términos que San Juan en la Introducción del Evangelio y en el diálogo de Jesús con Nicodemo. 2

El autor de esa carta, se llama discípulo de los Apóstoles y habla del cristianismo como de un hecho nuevo y reciente. El conjunto de la carta

1 Ad Philad. 7.—Joan. III-8.

2 Epist. Ad. Drog. 7-10.

parece indicar que fué escrita en el siglo apostólico.

El autor de esa carta, según Lumpier y Galland, fué Apolo de quien se habla en los "Hechos de los Apóstoles," 1 como de un hombre muy elocuente y docto en las Escrituras, y según otros, fué un discípulo de los Apóstoles.

Diognetes, en opinión de Mohler, era un pagano convertido al cristianismo, preceptor y favorito de Marco Aurelio. 2

San Policarpo, en su carta á los de Filipos, cita un texto de la primera Epístola de San Juan, 3 y es bien sabido, por confesión de los críticos, que esta Epístola es del mismo autor del cuarto Evangelio y supone su existencia.

San Papías, se sirve también de la primera Epístola de San Juan 4 y conocía, por lo mismo, el cuarto Evangelio.

San Justino cita las palabras de Cristo á Nicodemo con motivo de la necesidad del bautismo, 5 haciendo una alusión evidente á la objeción que

1 XVIII-24.

2 Diccionario de Ciencias Eclesiásticas.

3 Apud. Eus. Hist. Eccl. III-37.

4 Apud. Eus. Hist. Eccl. III-39.

5 Ioan. III-5.



este doctor hizo al Salvador,<sup>1</sup> y refiere exactamente cómo San Juan y de distinto modo que los Setenta, la profecía de Zacarías: "Dirigirán sus ojos hacia aquel á quien traspasaron."<sup>2</sup>

Taciano comienza su *Diatessaron* por el prólogo de San Juan; Apolinario, Obispo de Hierápolis, no pudo conocer, sino por el cuarto Evangelista, que Jesús celebró la Pascua el día catorce de la luna, que su costado fué abierto, estando en la cruz, y que de esa liaga salió agua con sangre.

Las citaciones de los antiguos gnósticos no son menos palpitantes.

Basíledes, dice: "que en el Evangelio están escritas estas palabras: Era la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo."<sup>3</sup>

Este filósofo nació á fines del siglo I, discípulo de Simón Mago y de Menandro.

Tolomeo cita expresiones de San Juan;<sup>4</sup> Teódulo hace recuerdo de estas palabras: "Padre santo, santificalos en mi nombre;" y Heracleon escribió un comentario sobre el Evangelio de San Juan, del que Orígenes ha conservado algunos fragmentos.

San Juan murió al fin del primer siglo.

<sup>1</sup> Tryph. 105.

<sup>2</sup> Apol. I-52.

<sup>3</sup> Philosoph. 7-22.

<sup>4</sup> Ap. Epiph. Hær. 33.

Muchos de sus discípulos vivieron, sin duda, hasta la mitad del segundo.

Desde el siglo segundo toda la Iglesia poseía el cuarto Evangelio y lo atribuía sin vacilaciones ni oposición de ningún género á este Apóstol: de ese Evangelio se servía como de un libro inspirado.

¿Cómo explicar este fenómeno, si tal Evangelio, como quiere el racionalismo, salió, en el segundo siglo, de la mano de un falsario?

Los adversarios no han intentado la explicación: es absolutamente imposible.

Los argumentos intrínsecos inspiran la misma convicción: el cuarto Evangelio es de San Juan.

El mismo se designa en él con su nombre: *el discípulo, á quien amaba Jesús*, y éste, según toda la tradición, era San Juan.

Además, esto resalta del mismo libro.

El narrador, dicen los Autores del Diccionario Apologético, es ciertamente un judío de Palestina: cualquiera otro habría estado menos al corriente de las costumbres judías y de los detalles históricos y geográficos de este país.

El habla de Caná en Galilea, porque sabe que existe otro Caná en la tribu de Aser; conoce el sitio exacto de Cafarnaun; sabe que del otro lado



del mar de Tiberiades se levantan montañas; que en este lugar el lago es muy poco ancho para que se necesite emplear en costearlo á pie una noche y llegar en la mañana á Cafarnaun; describe detalladamente la piscina de Bethsaida; conoce la fuente de Siloë y calcula con precisión la distancia que hay de Jerusalén á Bethania; enumera las grandes fiestas de los judíos, designa la época en que estas se celebraban y hace notar que el octavo día de la *Scenopegia* era especialmente solemne.

En fin, estuvo presente á la crucifixión de Jesús y ha visto con sus propios ojos, brotar el agua y la sangre por su herida del costado.

Se necesita más aún, para caracterizar al autor y para que se excluya como tal, á cualquiera otro que no sea el Apóstol San Juan?

#### OBJECIONES CONTRA LA AUTENTICIDAD DE LOS EVANGELIOS.

Para nadie que haya leído los tres primeros evangelios es una novedad el encontrar una gran-

de semejanza entre ellos; á partir del relato que contienen sobre la vida de Jesús.

Allí se encuentran referidos casi los mismos hechos, en el mismo orden y con mucha frecuencia se encuentran pasajes que se corresponden en los tres evangelios, casi palabra por palabra.

Pero, también, al lado de estas semejanzas, hay considerables diferencias ya en lo que se refiere á los detalles de los hechos, ya al orden de las narraciones, ya á las palabras mismas de que se valen sus inspirados autores.

Estas semejanzas y estas diferencias demandan, sin duda alguna, una explicación.

Las escuelas racionalistas fundan esa explicación, negando la autenticidad de esos escritos.

Dicen esos filósofos de la escuela moderna que las semejanzas suponen un fondo común, sobre el cual han trabajado los autores de los tres primeros Evangelios ó sus respectivos antecesores y que las divergencias son el resultado de retoques sucesivos á los que han llevado su contingente muchas manos desconocidas y que responden á la evolución inconsciente de las tradiciones populares en los diferentes medios en que se establecían las comunidades cristianas.



En ese sistema, como hemos tenido ya ocasión de notarlo en precedentes artículos, nuestros Evangelios son composiciones impersonales que escapan á toda responsabilidad y á toda censura.

Eichhorn suponía la existencia de un Evangelio primitivo muy elemental, redactado en aramenio por los Apóstoles en común, con el objeto de que les sirviese de fórmula catequística uniforme.

De esos Evangelios primitivos, dice el citado autor, proviene lo que es común á los tres Evangelios sinópticos.

Fácil era hacer notar al autor de esta teoría que si un Evangelio primitivo podría explicar las semejanzas y el orden de las narraciones, no podría ciertamente explicar las concordancias verbales de tres composiciones griegas, porque un mismo original aramenio tendría que haberse traducido en términos diferentes por tres escritores, que no está probado se hubiesen puesto de acuerdo para hacer la versión.

Esta observación tan sencilla como la verdad, pero como ella tan evidente, hizo que el Dr. Eichhorn modificase después su opinión, diciendo que ese Evangelio primitivo, que ese fondo común que había servido para redactar los tres Evangelios

sinópticos, era una versión griega del Evangelio primitivo redactado en aramenio.

Esta idea de Eichhorn fué explotada de diversas maneras por otros críticos.

Se sometieron los tres Evangelios á una especie de análisis anatómico, se calificaron por grupos los diversos pasajes: cada grupo recibía su lugar en una serie determinada de retoques y de toda esta génesis fantástica se hicieron surgir los tres libros sinópticos tales como los poseemos ahora.

Gratz, Ewald, Reville y Holzman se distinguieron en estos estudios, en que, como dicen los autores del «Diccionario Apologético» lo ridículo corría parejas con lo arbitrario; gastaban inútilmente tesoros de erudición.

Para destruir esta observación, de un solo golpe, basta advertir que este Evangelio primitivo redactado en aramenio ó la versión griega que de él se hizo después de varias revisiones, si hubiera existido, habría dejado, sin duda alguna, huella de su existencia en la historia.

Los adversarios mismos de la fe católica, deben convenir con nosotros en que ese vestigio no existe; no hay testigo alguno de la Iglesia primitiva que haga mención del Evangelio redactado



en aramenio; en ninguna parte de la historia se encuentra una alusión siquiera á ese escrito.

Así es que, el sistema de los racionalistas nos dice lo que habría podido ser, pero no dice lo que realmente fué.

Este vicio radical del "sistema del Evangelio primitivo escrito," no escapó á Doctores racionalistas más hábiles.

Para desprenderse de los resultados de ese sistema, Gieseler y Wette suponen un Evangelio primitivo no *escrito*, sino propagado de viva voz solamente por los Apóstoles en sus predicaciones catequísticas.

"Las enseñanzas de los Apóstoles, dicen estos maestros del racionalismo, repetidas constantemente en los mismos términos, debieron grabarse en la memoria de los fieles y reproducirse más tarde, de una manera casi idéntica, por aquellos que emprendieron conservarlas por escrito."

"Paralelamente á la enseñanza apostólica, se producían sobre la vida de Jesús tradiciones locales más ó menos expresadas y cuya fórmula igualmente fijada en la memoria popular, pasó á una ó á otra de las narraciones evangélicas."

"De aquí, concluyen aquellos escritores, nacen

las semejanzas y las divergencias en los Evangelios."

"Esta explicación, dicen los autores del "Diccionario Apologético," supone gratuitamente que nuestros Evangelios contienen, sobre la vida de Nuestro Señor Jesucristo, tradiciones legendarias que no hacen parte de las enseñanzas apostólicas."

Esta hipótesis está en contradicción con las tradiciones más formales de la antigüedad. Siempre y por todas partes los fieles han estado persuadidos de que los Evangelios no les enseñaban otra cosa más que la pura doctrina de los Apóstoles.

Siempre y en todas partes, los Evangelios Apócrifos han sido rechazados precisamente, porque á esa doctrina apostólica sustituían tradiciones sin autoridad ó daban á las narraciones apostólicas, desenvolvimientos que no habían caído de los labios de los Apóstoles.

Así es que, el sistema de los autores, que venimos estudiando rápidamente, es del todo inaceptable.

Algunos dicen que el sistema de Gieseler, para explicar las semejanzas y divergencias de los Evangelios, es plausible si se admite que los



Apóstoles, acomodándose en sus predicaciones catequísticas á los medios diferentes en que se hacían escuchar, escogían de preferencia ciertos hechos de la vida de Jesús, y variaban la manera de exponerlos según las necesidades y disposiciones de sus oyentes.

Bajo este sistema, el Evangelio de San Mateo sería la reproducción en extracto de la enseñanza de los Apóstoles, tal como se dirigía á los fieles que habían salido del judaísmo; el Evangelio de San Lucas sería el reflejo de la predicación apostólica destinada á la instrucción de gentiles convertidos; el Evangelio de San Marcos representaría la catequesis de San Pedro á la comunidad cristiana de Roma, que era una mezcla casi igual de elemento judío y de elemento pagano.

El sistema de Gieseler, así modificado, encuentra favor entre muchos sabios católicos y tiende á suplantarlo el sistema que explica las relaciones de semejanza de los tres Evangelios sinópticos, admitiendo que San Marcos ha conocido y empleado en su trabajo el Evangelio de San Mateo y que San Lucas se ha servido de las obras de sus predecesores.

La explicación fundada en el sistema modificado

de Gieseler es poco compatible con la sencillez de nuestros Evangelistas, y no da cuenta de las divergencias verbales que á cada momento se presentan en un pasaje que se supone ser una transcripción de una copia preexistente.

Por otra parte, si los Evangelios nos dan únicamente la fórmula de las predicaciones populares de los Apóstoles, ¿por qué no se encuentra casi nada de esta fórmula en los numerosos discursos de los Apóstoles que nos ha conservado el libro de "*Los Hechos de los Apóstoles*," ni en las cartas que los Apóstoles han escrito á los fieles? ¿por qué los Apóstoles, en sus escritos y en sus cartas, citan los textos del Antiguo Testamento de diferente manera que lo hacen los Evangelistas en sus narraciones? ¿por qué dirigiéndose á los judíos, recurren á profecías mesiánicas distintas de aquellas á que acude San Mateo en su Evangelio?

Sea lo que fuere de estas dificultades, los sistemas católicos, para explicar las relaciones mutuas de los Evangelios sinópticos, no presentan ni imposibilidad, ni errores, como las teorías de los incredulos que no tienen otra base.

La autenticidad de los Evangelios no puede ponerse en duda; descansa en pruebas irrefragables.



En buena lógica, una dificultad insoluble no basta para destruir una tesis convenientemente demostrada por los argumentos que le son propios.

OBJECIONES CONTRA LA AUTENTICIDAD DEL  
EVANGELIO DE SAN JUAN.

Cinco son las principales objeciones que aducen los racionalistas, contra la autenticidad del Evangelio de San Juan.

Afirman, en primer lugar, que el autor del cuarto Evangelio no fué un judío.

La prueba de ello es, agregan, que San Juan habla siempre de los judíos en tercera persona, y se pone en oposición con ellos.

Basta fijarse en que San Juan escribió en Efe-so, para cristianos que habían salido del paganismo y no de la religión judía, y escribió en una época en que los judíos habían perdido su nacionalidad.

Por otra parte, una frase construída en tercera persona, no puede tener el alcance que los racionalistas suponen.

En el mismo Evangelio de San Juan hallamos estas palabras:<sup>1</sup> Hablando Jesús á los judíos, les dijo: "Abraham, *vuestro padre*."

¿Podría, de esa palabra, inferirse que Abraham no era padre de Jesús, y que éste no era, en consecuencia, de la raza de Abraham?

Afirmase, en segundo lugar, que el cuarto Evangelio, contiene errores de hecho que no pueden esperarse de un testigo ocular.

San Juan, en efecto, dicen los racionalistas, pone á Betania más allá del Jordán;<sup>2</sup> habla de una ciudad de Sichar, desconocida en la historia de Israel,<sup>3</sup> y asegura que Caifás era el sumo sacerdote de aquel año, como si el pontificado, entre los judíos, hubiera sido un cargo anual, error tanto más grosero, cuanto que Caifás había desempeñado aquellas funciones durante diez años consecutivos.

No es un error el que comete San Juan al hablar de Betania, poniéndola más allá del Jordán.

Precisamente al llamarla Betania "de allende el Jordán," manifiestamente indica que la distinción de la Betania que estaba cerca de Jerusalén.

1 VIII-56.

2 I-28.

3 IV-5.



Habiendo buscado Orígenes la "Betania de allende el Jordán," y no habiendo hallado sino una Bethabara que ya en su tiempo la tradición designaba como el lugar donde San Juan bautizaba, se pronunció por la lección de Bethavara, que fué adoptada después por muchos Padres, y penetró en el mismo texto por una mal fundada corrupción.

Estas palabras de Orígenes, demuestran de un modo concluyente, que el lugar donde bautizaba San Juan en tiempos de Orígenes, se llamaba Bethávava: no hay razón fundada para creer que antes no se llamara Betania: los textos más antiguos manuscritos, dice el docto Sr. Caminero, leen constantemente Betania, como la Vulgata, y no es dudoso que tal sea la verdadera lección.

No es tampoco un error de San Juan llamar Sichar á la ciudad de Samaria, de que habla en el verso 5º, cap. 4º de su Evangelio,

San Jerónimo dice que esta ciudad que el Evangelista llama Sichar, es la misma que en el Génesis se llama Sichen, pues cerca de esta se hallaba el campo que Jacob dió en herencia á su hijo José.

Sichar es derivada de una palabra hebrea, que

significa *borracho*, y es muy verosímil que los judíos mudasen el nombre de Sichen en el de Sichar, tomando, para esto, motivo de aquel lugar de Isaías, donde se dice: "¡Ay de los borrachos de Efrain!"

Por último, cuando San Juan dice que Caifás era el sumo sacerdote en aquel año, en el año en que fué crucificado Jesucristo, no quiere decir con esto, que no lo hubiera sido antes, ni lo fuera después.

Arguyen los racionalistas, que el autor del cuarto Evangelio está en contradicción con las narraciones que se refieren en los tres Evangelios Synópticos.

Las narraciones de los cuatro Evangelistas se completan mutuamente.

San Juan conocía los tres primeros Evangelios, y suponía que eran conocidos de sus lectores.

Sabía que los escritores del Evangelio, que lo habían precedido, no habían querido dar una biografía completa de Jesús, sino que, al contrario, cada uno había escogido y dispuesto sus narraciones, según un plan determinado.

Los Synópticos no habían señalado más que un solo viaje de Jesucristo á Jerusalén. San Juan



no los contradice cuando menciona cinco viajes.

Del mismo modo ha podido referir, cómo Jesús, al principiar su vida pública, arrojó del Templo á los vendedores, aunque sabía muy bien que el Maestro había ejecutado acto semejante tres años más tarde, según los tres primeros Evangelistas.

San Mateo y San Marcos se cuidan poco del orden cronológico; prefieren seguir el orden lógico de los hechos.

Notemos, además, que la duración precisa de la vida pública de Jesús, no está fijada por ninguno de los cuatro Evangelistas.

Los Synópticos no dicen en ninguna parte que todo lo que ellos refieren haya pasado en un año, y el cuarto Evangelista, aunque habla de tres ó cuatro Pascuas celebradas por Jesús, no dice que no celebrara otras después de su bautismo.

El racionalismo hace notar que el Jesús de los tres primeros Evangelistas es un personaje enteramente distinto del que nos ofrece el Evangelio de San Juan.

En los primeros, el Maestro es un Doctor sencillo y popular; su enseñanza es casi exclusivamente moral, la propone en parábolas accesibles á las inteligencias vulgares y cuando se le llama

“Hijo de Dios” impone silencio á las lenguas indiscretas.

En el último, en el de San Juan, el Maestro es un filósofo que habla por sentencias enigmáticas; es un dialéctico sutil y oscuro; su enseñanza es dogmática, siempre se ocupa de su propia personalidad y no cesa de inculcar á los que le escuchan la fe en su naturaleza superior.

Esto es lo que la crítica ha descubierto y que ninguno había percibido durante dieciocho siglos.

¿Pues qué, el Cristo presentado por los Evangelistas Synópticos como un Doctor popular, es distinto del que presenta San Juan como un sabio y como un filósofo. . . ?

¿Pues qué, un profesor en la ciencia más sublime, habla de la misma manera, cuando enseña á sus discípulos, que cuando descendiendo de su cátedra se pone á catequizar á los niños ó á las sencillas gentes que viven en los campos?

Este ejemplo se aplica admirablemente al caso que nos ocupa.

Los Synópticos nos muestran á Jesús predicando á las poblaciones de los campos ó á los comerciantes de Galilea.



Juan refiere las disputas del Salvador con los Escribas, con los Fariseos, con los Sacerdotes de Jerusalén, hombres instruidos en la ley y habituados á todas las sutilezas del rabinismo.

Notemos, además, el objeto diferente que se proponían los Evangelistas al consignar por escrito la vida de Jesús.

Los Synópticos pretenden hacerlo reconocer como el Mesías, como el gran libertador de Israel y de todas las naciones.

Juan se encontraba en presencia de gnósticos dogmatizadores que atacaban el carácter divino de Cristo; quería, pues, oponerles las afirmaciones y las demostraciones que Jesús mismo hacía de su divinidad.

Enseñan los racionalistas, en cuarto lugar, que San Juan pone en la boca de Jesús, discursos que jamás pronunciara.

No presentan prueba bastante para fundar esta afirmación.

San Juan consigna en su Evangelio con más extensión, en los discursos de Cristo, ofrece más detalles que los que aparecen en los tres Evangelios Synópticos.

Y no es extraño que estos discursos estuviesen

más presentes á su memoria, más cerca de su corazón, y que en tiempo oportuno los comunicara por escrito á la Iglesia.

Si se replica que estos discursos eran demasiado largos para que un Apóstol pudiera retenerlos y reproducirlos después de muchos años, se puede responder que el Evangelista nos da el sentido, las palabras del Señor y la substancia de sus discursos, más bién que el desenvolvimiento con que los presentara el Maestro divino.

Ni era tampoco necesario un gran esfuerzo de memoria, para que el discípulo querido de Jesús pudiera reproducir esos discursos.

Natural era que en sus predicaciones y en sus catequesis comentara las palabras divinas que brotaron de los labios de Jesús y que se hubieran hecho en él enteramente familiares.

En fin, para los cristianos, es enteramente cierto que si alguna vez el recuerdo del escritor hubiese carecido de exactitud, tenía con él al Espíritu Santo para recordarle lo que el Maestro había dicho.

El mismo San Juan consignó en su Evangelio estas palabras: "Mas el Consolador, el Espíritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, os lo



enseñará todo y os recordará cuantas cosas os tengo dichas.”

Por último, afirman los racionalistas que el día asignado por San Juan para la celebración de la última Pascua, no concuerda con la tradición del mismo Apóstol.

Esta objeción ha salido de la célebre disputa que se suscitara en el siglo II, entre el Papa San Víctor y los Obispos de Asia, respecto al día en que debía celebrarse la fiesta de la Pascua.

Policrates y sus partidarios apelaban á la tradición de San Juan, para mantener su costumbre de celebrar la fiesta el día 14 del mes de Nizán.

Ahora bien, los racionalistas dicen: el cuarto Evangelio pone la última de Jesús el día 13 de este mes.

Una doble respuesta, dicen los autores del “Diccionario Apostólico,” puede darse á esta objeción.

En primer lugar, bien podía San Juan haber adoptado para la fiesta de Pascua el 14. Nizan, aun cuando hubiese puesto la cena en el día 13.

En segundo lugar, puede negarse la suposición de los adversarios, porque es muy probable que San Juan en su narración evangélica pone esta cena en el día 14, según el sentido que natural-

mente presentan las narraciones de los Synópticos.

No hay duda, el Evangelio de San Juan es auténtico.

#### INTEGRIDAD DE LOS EVANGELIOS.

Creemos haber demostrado en los precedentes artículos que los cuatro Evangelios que la Iglesia católica conserva y pone en manos de sus hijos, son auténticos, sin duda alguna.

Esos libros escritos por Mateo, Marcos, Lucas y Juan han sido íntegramente transmitidos hasta nosotros, sin alteración alguna sustancial.

No ha podido hacerse alteración en los libros que escribieron los cuatro Evangelistas, en vida de los Apóstoles.

Si se hubieran hecho alteraciones notables en esos libros, viviendo los Apóstoles, éstos, esparcidos ya por todo el mundo civilizado, no habrían podido ignorar esas alteraciones y al conocerlas no las hubieran tolerado, guardando silencio.

Por otra parte, en esa época, en la que aun vi-